

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La Acción Social y la Acción Política

I

Existe hoy, en no pocas naciones, una doble acción eminentemente subversiva del orden social, atentatoria a la libertad de conciencia y a los principios morales, semillero productivo de rencores profundos y de odios incurables, que haciendo alarde de públicos escándalos y violentando audazmente el curso regular de las sociedades, pretenden nada menos que desmoralizar sus más sagrados organismos, con los miserables y estúpidos intentos de acabar con la lógica y el buen sentido, y de combatir el catolicismo, a quien el mundo debe los portentos de su civilización y el imperio indiscutible de la verdad y de la moral.—Pero mal que les pese a los promovedores imbéciles del motín y de los tumultos populares, la lógica y el buen sentido no se pueden destrozarse con fácil impunidad, sin renegar antes de la razón, que está muy por encima de los desequilibrios mentales de ciertos despreciables sofísticos doctrinarios, y al catolicismo jamás se le puede combatir, sin recurrir descaradamente a las infamias de una triple mentira moral, dogmática y social.

Esa doble acción, tan fácil en la mentira, tan inmoral en sus procedimientos, tan larga en sus engaños habituales es la acción social y la acción política, que desarrollan paralelamente los actuales enemigos de la Iglesia Católica, puntos gangrenosos de las modernas sociedades, frutos inmorales de teorías disolventes, que han enloquecido sus cabezas y corrompido sus corazones; doble acción, raro descubrimiento, para uso exclusivo de modernos hombres de gobierno, para realizaciones verdaderamente estupidas por sus fines, refidos con todas las leyes de la honestidad y de la decencia, y que ellos defienden y propagan por medio de sus apóstoles, que se parecen poco a los apóstoles de Jesucristo, pero a quienes han robado el nombre sin imitarles en su pobreza ni en otras virtudes.

Cruzarne de brazos ante ellos sería darles hecha su más completa victoria, y la victoria en sus manos significaría el retroceso de la civilización a los tiempos degradantes de una barbarie insolentísima, demolidora de los fundamentos religiosos y sociales, sobre que descansan los pueblos, y base cierta de perpetuos conflictos sociales, esencialmente salvajes y feroces.

Pedir para ellos las execraciones de la historia, es hacerles demasiado honor y proporcionarles un rato de placer, a ellos, que no creen en el porvenir ni en la historia. Si se quiere obrar como hombres, para más tarde no llorar como frágiles mujeres, es preciso ahogar en sus orígenes sus conatos rebeldes, reducir a la nada sus desplantes cobardes, aherrarlos para siempre a los baldones de una ignorancia constante, no dejando respirar en ese reptil de aparente forma social, que se alimenta de sucio veneno y crece y se desarrolla en las escorias del arroyo, sino tomarlo con precauciones, aplastarle su chata y monstruosa cabeza, y arrojarlo a las lagunas de la inmundicia, enterramiento digno de quien tuvo tan perversa vida.

Muchos de los hombres colocados al frente de los destinos de nuestra patria y la mayoría de los que pretenden la gobernación de la misma, con un desconocimiento superior histórico y una aberración política inconcebible, han lanzado un reto insolente a la civilización cristiana y a la pública moralidad, desde las cumbres que tienen más altos deberes que promover y que cumplir. Es un afrentoso desafío religioso y político, doméstico y social que una minoría insignificantisima y despreciable dirige a los pueblos y a las muchedumbres que tienen la culpable paciencia de soportarlos, y al que las muchedumbres y los pueblos que tengan conciencia de su razón y de sus derechos, deben contestar con urgente contundencia, en nombre de sus desatendidos derechos, de su razón ultrajada, y de su fuerza, cóntuplo mayor y de excesiva suficiencia para demos-

trar su presencia y su acción ante figurines sectarios y sus imbeciles amenazas.

En la vida de los pueblos llegan momentos históricos en que una imprescindible necesidad somete al examen del derecho y a la acción de la fuerza problemas religioso-político-sociales de la más suprema importancia y de las más trascendentales significaciones, y la inacción, en semejantes agudos casos, equivaldría a someterse deliberadamente a los bajos antojos despóticos de los más insostenibles tiranos y a la esclavitud degradante que se merecen quienes, en los aprietos de decisión solemne, apostatan del cumplimiento sagrado de sus más soberanos deberes.

Los pueblos que se hastían de la vida, ya terminaron su misión en las páginas de la historia y pueden enterrar sus destinos en un sepulcro que oculte cuidadosamente sus podredumbres morales, sociales e históricas.

El puesto de esos pueblos está en un mercado de esclavos, y si encuentran un tirano que vierta sus iracundias sobre ellos, podrán besar la dura mano que marca con desprecio el sello de la infamia sobre sus rostros.

Pero los que no han descendido ni quieren descender tanto; los que prefieren la gloria de una vida honrada a las afrentas de una muerte ignominiosa; los que ostentan derechos que no pueden ni deben renunciar y una fuerza capaz de defender esos derechos, esos pueblos que alzan sus frentes honradas, y sacudiendo inercias momentáneas, mostrando toda la noble indignación que arde en sus pechos, que ven, con indisciplina, con decisión, con arrojos generosos aceptar el combate a que injustamente se les provoca, y no detenerse en el camino de la lucha, hasta hacer morder el despecho orgulloso de sus enemigos el polvo de su nativa impotencia y la tierra que creyeron suya y no son siquiera dignos de pisarla.

Las grandes violencias de lenguaje y de acción de unos enemigos que ni poseen lealtad, ni presentan caracteres de noble

franqueza, jamás se aplacan ni menos se vencen con silencios pasivos: esa clase de enemigos del orden social y de las clases obreras, que saben volver sin notable rubor las espaldas en regular lucha, pero que cuentan con arteros medios para alarmar conciencias honradas y promover algaradas escandalosas y motines ruidosos en las calles, hay que demostrarles que tenemos sobradas actividades para imponer el sosiego o la guerra a los perturbadores eternos del orden y de las conciencias. *Ilustres* desconocidos hasta el momento en que hacen notar su presencia con el barato ruido de cerriles expansiones. Del capitolio a la Roca Torpeza no hay más que un paso, dijo un gran orador: no es muy difícil, como nosotros queremos demostrárselo a los bajos corifeos del socialismo rojo, que allí han levantado el trono movidizo de todas sus ambiciones y el infame látigo de odiosas persecuciones.

¡Que se corrija al blasfemo!

Triste es confesarlo, pero no hay más remedio que decirlo para que se tomen medidas energicas y se corrija al blasfemo.

Nadie puede negarme lo que voy a decir, pues todo aquel que se precie de católico, de hombre honrado, siente aún en su corazón el amor y la piedad que le legaron sus padres, aquellos que les dieron el ser y que fieles a las enseñanzas del *Maestro*, encausaron a sus hijos por las vías de la justicia, del amor y la verdad contenidas solamente en el Evangelio y que se ven bien marcadas en la religión católica.

Hoy es una vergüenza lo que está ocurriendo por las calles se oyen palabras indecentes; y lo peor es, que estas palabras van tomando otro vuelo más indecoroso, se convierte en un rugido satánico, en una blasfemia horrosa que hiere los oídos de los que nos preciámos de católicos y que desdice de la religio-